

---

# MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

# ANTIGUO TESTAMENTO

---

## Lección 73:

## Eliseo comienza su obra

**113 LECCIONES**

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



**The John Knox Institute**  
of Higher Education

*Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

**Instituto de Educación Superior «John Knox»**

*Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, o investigación, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: [www.johnknoxinstitute.org](http://www.johnknoxinstitute.org)

## *Lección 73*

---

# **ELISEO COMIENZA SU OBRA**

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 73**

Después de la muerte de Acab, su hijo Ocozías se convirtió en el siguiente rey de Israel. Mientras cubrimos la historia de estos reyes, es posible que nos preguntemos cómo y por qué el Señor toleraba su maldad. Pero, necesitamos recordar que los caminos de Dios no son nuestros caminos, ni sus pensamientos nuestros pensamientos. Dios castigó a los reyes malvados, y tanto Israel como Judá, como naciones, finalmente, también serían castigadas y llevadas en cautiverio por sus enemigos. Dios también es misericordioso, paciente y sufrido, y por eso él también enviaría profetas para advertir e instruir al pueblo. En esta lección, consideraremos la obra del profeta Eliseo.

Ocozías sólo reinó por dos años. Los versículos finales de 1 Reyes 22, resumen su reinado: «E hizo lo malo a ojos de Jehová y anduvo en el camino de su padre, y en el camino de su madre, y en el camino de Jeroboam, hijo de Nabat, quien hizo pecar a Israel, porque sirvió a Baal y lo adoró, y provocó a ira a Jehová, Dios de Israel, conforme a todas las cosas que había hecho su padre. Después de la muerte de Acab, los moabitas, que habían sido subyugados por David, aprovecharon la transición del reino de Acab a Ocozías y se rebelaron contra Israel. Parece que el Señor usó esto como un castigo o juicio por el pecado de Ocozías.

Ocozías quiere aplastar esta rebelión, pero tiene un problema: Se había caído por la ventana de una habitación de su casa, y sufrió algunas serias lesiones, hasta el punto de caer gravemente enfermo. ¡Esta es una llamada de atención muy seria! Seguramente, clamará a Jehová para su liberación. Desafortunadamente, no fue criado así cuando era un niño. Nunca se le enseñó acerca del Dios de Israel. Sus padres eran adoradores de Baal. Parece que, en unas pocas generaciones, la verdadera religión y adoración habían desaparecido casi por completo en la vida de la familia real. ¡Qué lección para nosotros para que recordemos instruir a nuestros hijos en el camino del Señor para que cuando sean mayores, no se aparten de él!

Entonces, ¿qué hace Ocozías? Él envía mensajeros a Baal-zebub, el dios de Ecrón, para averiguar si se recuperará o no. ¡Qué locura! Ocozías está a punto de recibir una llamada de atención. Dios envía un ángel a Elías con un mensaje para Ocozías: «¿Estás haciendo esto porque ya no hay Dios en Israel? Ahora pues, así ha dicho el Señor: Del lecho en que estás no te levantarás, sino que ciertamente morirás». Esto es lo que Elías les dice a los mensajeros que Ocozías había enviado. Parece que estos mensajeros no

habían avanzado mucho cuando Elías se encontró con ellos, porque al volver, Ocozías les pregunta por qué habían regresado tan pronto. Ellos le dan el mensaje, y Ocozías les pregunta: «¿Qué aspecto tenía este hombre?». Él supo inmediatamente quién era: Elías, el tisbita. Su padre, sin duda, le contó todo acerca de Elías, y los supuestos «problemas» que él le causaba siempre. «¿Así que este profeta cree que también salirse con la suya? Ya lo veremos», él piensa.

Ocozías envía a un capitán con cincuenta soldados para buscar a Elías. Elías es fácil de encontrar: Está sentado en la cumbre de un monte a la vista de todos. El capitán le dice: «Varón de Dios, desciende». Los comentaristas están divididos sobre si esta expresión se trataba de una burla o si el capitán estaba usando este título con respeto. Creo que, por la respuesta de Elías, fue la primera opción. Él dice: «Si yo soy varón de Dios, descienda fuego del cielo y te consume con tus cincuenta». Y eso exactamente fue lo que pasó: Los hombres mueren calcinados. La noticia llega a Ocozías, y no se queda contento con lo sucedido. Esto no le causa la menor impresión, sino que lo enoja aún más y se impacienta. Envía a otro capitán, y esta vez le añade la palabra «pronto» a su mandamiento. El resultado es el mismo: Dios los mata con fuego del cielo. Se envía a otro capitán, pero este capitán pide respetuosamente que se le perdone la vida a él y a sus soldados, y se les perdona. El ángel le dice a Elías que vaya a ver al rey. Su mensaje no ha cambiado: Ocozías no se recuperará, y morirá, básicamente, por confiar en Baal en lugar de confiar en Dios, y así sucede. Al no tener hijos, su hermano Joram se convierte en rey de Israel, y este no debe ser confundido con Joram, el hijo de Josafat, rey de Judá que reinó aproximadamente al mismo tiempo.

Ahora hay un cambio de enfoque en este punto, en 2 Reyes, capítulo 2 para darnos el trasfondo de la partida de Elías de la tierra, y el comienzo de la obra de Eliseo como profeta principal. Elías y Eliseo están viajando juntos cuando Elías le pide a Eliseo que lo espere mientras él viaja a Bet-el. Eliseo se niega, y dice: «Vive Jehová, y vive tu alma, que no te dejaré». Así que hacen el viaje juntos y, a su llegada, otros profetas se encuentran con ellos y le preguntan a Eliseo si sabe que Elías le será quitado ese mismo día. Eliseo lo reconoce, y les dice que guarden silencio. Elías luego le pide a Eliseo que espere en Bet-el mientras él viaja a Jericó, y de nuevo, Eliseo se niega con la misma respuesta. En Jericó, los profetas se encuentran con ellos y le hacen a Eliseo la misma pregunta que el grupo anterior, y su respuesta vuelve a ser la misma.

Ahora Elías le pide a Eliseo que espere en Jericó mientras él va al Jordán, pero Eliseo nuevamente se niega. Una vez más, viajan juntos y, cuando llegan al río, ocurre algo milagroso. Mientras los otros profetas observan a la distancia, Elías enrolla su manto y golpea las aguas con él: Inmediatamente, las aguas se separan, y se abre un camino seco para que crucen por en medio del río hasta el otro lado. Una vez que están a salvo en el otro lado, Elías le pregunta a Eliseo si hay algo que desee antes de que parta. Eliseo le pide una doble porción de su espíritu, y Elías, dándose cuenta de que esto no es una bendición que él pueda conceder, le dice que, si se le permite verlo partir, esa petición

será concedida, pero de lo contrario, no. De repente, aparece un carro de fuego con caballos de fuego, y Elías es llevado al cielo en un torbellino. Eliseo clama: «¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!», expresando lo que Elías representaba para la nación de Israel.

Elías se ha ido, y Eliseo se queda solo. Caminando de regreso a la orilla del río Jordán, usa el manto de Elías para golpear las aguas. «¿Dónde está Jehová, el Dios de Elías?». Las aguas se separaron, y Eliseo regresa. Los demás profetas reconocen que Eliseo tiene el mismo espíritu que tenía Elías, y se postran delante de él para mostrarle reverencia. Pero algunos se preguntan qué le ha pasado realmente a Elías. Piensan que tal vez su cuerpo esté en alguna parte, así que le preguntan si pueden buscarlo. Eliseo les dice que no, pero ellos continúan insistiendo hasta que Eliseo cede. Pasan tres días buscando, pero obviamente no tienen éxito. Eliseo básicamente les dice: «Se los dije». Está claro en este punto que Eliseo ha asumido el papel de Elías.

Los habitantes de la ciudad salen a ver a Eliseo y le mencionan que, como él puede ver, la ciudad es buena, pero las aguas son malas, y la tierra es estéril. ¿Es posible que él pueda hacer algo al respecto? Eliseo pide una vasija nueva, y un poco de sal, y vierte la sal en el agua. Eliseo dice: «Así ha dicho Jehová: Yo sané estas aguas, y no habrá más en ellas muerte ni esterilidad». El milagro ocurre por el poder de Dios, y el pueblo puede ver que Eliseo es verdaderamente un varón de Dios, un verdadero profeta del Señor. Pero no todos lo reconocen.

Mientras emprende el camino de regreso a Bet-el, un grupo de muchachos, probablemente adolescentes, salen para burlarse del profeta y le dicen: «¡Sube, calvo!». Hay algunos que piensan que esto era una referencia a la ascensión de Elías, pero es muy poco probable que ellos supieran algo al respecto. Probablemente, no tenían ni idea de quién era, pero reconocieron su vestimenta, que solía ser la que usaban los profetas. Un hombre así, sería un blanco fácil para los hijos de los adoradores de Baal en Bet-el, y lo más probable es que sus mismos padres los incitaran y alentaran a burlarse de ellos. Leemos: «Y mirando él atrás, los vio y los maldijo en el nombre de Jehová. Y salieron dos osos del monte y despedazaron de ellos a 42 muchachos». Eliseo no hizo esto porque se sintiera ofendido personalmente, sino porque la gloria de Jehová estaba en juego. Dios envió a esos osos para castigar a estos muchachos por su pecado. Y así, Eliseo regresa a Samaria.

¿Recuerdas que al principio de la lección mencioné que los moabitas estaban desafiando a Israel? Ahora Joram es el rey, y nada ha cambiado, así que le pregunta a Josafat si lucharía junto a él contra los moabitas. Él está de acuerdo, y también el rey de Edom. Una semana después, se encuentran sin agua, ni para los hombres ni para sus animales. Joram atribuye esto a que el Señor los entregó a los tres en manos de los moabitas. Pero Josafat no se desanima tan rápidamente. Él hace lo correcto, aunque debería haberlo hecho antes de que empezaran, él pregunta si hay algún profeta de Jehová a quién con-

saltar. Joram, evidentemente, no lo sabe, pero un siervo le dice que Eliseo está con ellos. Josafat sabe de inmediato que este es un verdadero profeta de Dios, cuya palabra es digna de confianza. Los reyes van a su encuentro, pero Eliseo no quiere tener nada que ver con Joram. Le dice que vaya a buscar a los falsos profetas de sus padres, pero Josafat interviene, y le dice que necesitan su ayuda y consejo. Eliseo responde y dice que, si no fuera por Josafat, ni siquiera miraría a Joram.

Eliseo pide un tañedor para que toque, y mientras el tañedor toca, Dios le revela lo que debe hacerse. Debían cavar un gran número de acequias, y Dios las llenaría de agua, aunque no lloviera. «Y no sólo eso —continúa Eliseo— sino que realmente esto no es nada en las manos de Dios, y Él hará aún más. Él derrotará a los moabitas». A la mañana siguiente, las acequias se llenan de agua, y todos pueden beber. Los moabitas han oído que estos tres reyes con sus ejércitos han venido a la batalla, así que ellos también se preparan. Cuando miran el valle temprano por la mañana, todas las aguas les parece como sangre, ya sea por el ángulo del sol o porque la tierra donde cavaron las acequias era rojiza, los moabitas asumen que de alguna manera ha tenido lugar una gran matanza entre ellos, y que los reyes están muertos. Se apresuran a saquear a los ejércitos que parecían muertos, ¡solo para ser atacados por los israelitas! Los moabitas sufren grandes pérdidas: Sus ciudades son destruidas, sus pozos son tapados con piedras, y muchos árboles son talados. ¿Acaso merecía Joram que el Señor derrotara a su enemigo de esta manera? ¡Absolutamente no! Este fue un testimonio más de la gracia y misericordia inmerecidas de Dios.

2 Reyes, capítulo 4, nuevamente se centra en Eliseo. El siguiente relato que tenemos es acerca de una viuda cuyo difunto esposo era un profeta temeroso de Dios que Eliseo evidentemente conocía. Su dilema es que ella debe mucho dinero, y el acreedor se va a llevar a sus dos hijos si ella no paga. «¿Qué tienes en casa?», le pregunta Eliseo. Lo único que ella tiene es un pequeño frasco de aceite. Eliseo le dice que pida prestado a sus vecinos todas las vasijas vacías que puedan darle. Una vez que haga esto, debe cerrar la puerta de su casa, verter el aceite del frasco pequeño y llenar todas las vasijas vacías. Entonces, ella podrá vender el aceite sobrante, y pagar su deuda. Milagrosamente, el aceite del frasco pequeño no se acaba, y todas las demás vasijas se llenan de aceite, que luego ella podrá vender. Este es uno de los muchos milagros que el Señor realizó a través de su profeta Eliseo.

El siguiente relato que tenemos trata de una mujer rica que le provee de comida a Eliseo cada vez que pasa por su aldea. No se nos dice cómo se produjo la visita inicial, pero ella deduce, después de algunas visitas, que Eliseo es un profeta de Dios. Entonces, ella y su esposo deciden habilitar una pequeña habitación en su casa para que la usara cuando él pase por allí. Hoy diríamos que éste sería su pequeño estudio, donde podría descansar o estudiar, si quisiera. Conmovido por su bondad y generosidad, Eliseo le ordena a su criado Giezi que le pregunte a la mujer si ella necesita o desea algo. Giezi le dice a Eliseo que ella en realidad no necesita nada, pero que conste que no tiene hijos.

Eliseo le dice que, en aproximadamente un año, ella tendrá un hijo. La mujer no puede creer esto, y piensa que Eliseo le está mintiendo, pero al final sucede como él dijo. Ella concibió, y dio a luz un hijo.

Tiempo después, probablemente, cinco u ocho años, el niño está en el campo con su padre y otros viéndolos cosechar. Se queja de un dolor de cabeza, y lo llevan a casa con su madre. Se sienta en su regazo hasta la tarde, y luego muere. Su madre pone su cadáver en la cama de Eliseo, y le dice que necesita un asno para visitar a Eliseo. Su marido está confundido: «No es un sábado ni luna nueva, ¿por qué tienes que ir a Eliseo?». «Todo está bien», dice ella, y sigue su camino. Su marido no sabe nada sobre el niño. Cuando la mujer llega, se aferra a los pies de Eliseo, y le dice: «¿Pedí yo un hijo a mi señor? ¿No dije yo que no me mintieras?». Eliseo se da cuenta de que algo terrible está pasando, y le ordena a Giezi que se apresure a ir a su casa, y que no se detenga por nada hasta que llegue allí, y coloque su bordón sobre el niño. Eliseo y la mujer lo siguen.

Cuando llegan a la casa, Giezi dice que el niño no ha despertado y cuando Eliseo entra, ve que el niño está muerto. Esto parece un caso perdido, pero con Dios todas las cosas son posibles. Leemos: «Entonces él entró y cerró la puerta detrás de ellos dos, y oró a Jehová. Y subió y se echó sobre el niño, poniendo su boca sobre su boca, y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre sus manos; y se tendió sobre él y se calentó la carne del niño, y volviéndose, caminó por la casa de una parte a otra; y después subió y se tendió sobre él; y el joven estornudó siete veces, y el joven abrió sus ojos. Entonces él llamó a Giezi y le dijo: Llama a la sunamita. Y él la llamó. Y entrando ella donde él, él le dijo: Toma a tu hijo. Y ella entró, y se echó a sus pies, y se inclinó a tierra, y tomando a su hijo, salió». Con reverencia y gratitud, ella reconoce a Eliseo y a Dios por este gran milagro.

Otro caso milagroso realizado por Eliseo tiene lugar en Gilgal. Hubo una hambruna en la tierra, y los profetas están recogiendo alimentos para comer. Uno de ellos encuentra calabazas o melones silvestres, pero no sabe realmente de qué tipo son, y las corta echándolas en la olla para cocinarlos. Cuando llega la hora de comer, tan pronto como lo prueban, piensan que es venenoso. Eliseo pide un poco de harina, la echa en la olla, y la comida se vuelve inocua, y apta para comer.

Al mismo tiempo, alguien trae a Eliseo una ofrenda de las primicias: algo de pan y de granos. Eliseo le dice que lo use para alimentar a los hijos de los profetas, pero el siervo se opone, diciendo que eso no es suficiente. Eliseo le dice que lo haga de todos modos, y que no sólo habrá suficiente, sino que incluso sobraré. Al igual que el milagro que Cristo realizó con los panes y los peces: hubo suficiente para comer, y hasta sobró.

El último relato que consideraremos en esta lección tiene que ver con un sirio muy importante llamado Naamán. Ha contraído la lepra. En la providencia de Dios, la criada de su esposa resulta ser una joven israelita cautiva. Era una práctica común entre las

naciones paganas invadir los países vecinos para saquear y tomar lo que pudieran e irse rápidamente. Esto no era necesariamente un acto de guerra total. Como cualquier joven haría, esta criada, al enterarse que Naamán está leproso, sugiere que, si él estuviera en su nación, podría ser sanado porque en su nación hay un gran profeta viviendo allí. Esta noticia llega a Naamán, y al rey de Siria, quien le dijo: «Anda, ve, y yo enviaré una carta al rey de Israel para decirle que estás de camino». Leemos: «Partió, pues, llevando consigo diez talentos de plata, y seis mil piezas de oro, y diez mudas de vestidos». ¡Esta es una gran noticia! Pero Joram, rey de Israel, no piensa lo mismo. Él piensa que se trata de una artimaña para crear problemas o incluso la guerra. Eliseo se entera de que Joram ha rasgado sus vestidos para mostrar su angustia. Eliseo va a ver al rey, y le dice: «Que venga ahora a mí y sabrá que hay profeta en Israel». Naamán va a la casa de Eliseo, probablemente esperando que este gran profeta salga, le muestre el debido respeto y realice algún asombroso milagro a la vista de todos. Pero en lugar de eso, Eliseo envía a un mensajero al encuentro de Naamán con un extraño mensaje: «Ve y lávate siete veces en el río Jordán». «¿Qué? Esto debe ser una broma ¿Acaso vine desde Siria para que me digan que me fuera a lavar en su río fangoso? ¿No tenemos mejores ríos en Siria como el Abana y el Farfar?». Completamente disgustado, Naamán se marcha furioso. ¡Absolutamente ridículo!

Uno de sus siervos ha estado pensando en todo esto. «Espera un momento. —le dice— Si este profeta te hubiera pedido que hicieras alguna tarea difícil, ¿no lo habrías hecho? Entonces, ¿por qué no solo intentas lo que él dijo? No estará de más intentarlo». Naamán cede, y se va al río. Se zambulle siete veces y, milagrosamente, su lepra desaparece, y su piel se vuelve como la piel de un niño, suave y limpia. Naamán se siente humillado por la sanación. Leemos: «Y volvió al varón de Dios, él y toda su compañía, y fue y se puso delante de él, y dijo: «He aquí, ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel. Y ahora, te ruego que recibas un presente de tu siervo». Cuando hay salvación, también debe haber una verdadera gratitud. Naamán está verdaderamente agradecido por esta sanación, y desea expresar su gratitud con un regalo. Pero Eliseo sabe que la sanación fue obra de Dios, no suya, por lo que se niega a recibir alguna cosa. Sólo Dios debe recibir la gloria.

Naamán pide permiso para llevarse un poco de tierra de regreso a Samaria, tal vez, para construir un altar o cubrir una área de terreno para santificarla. Parece como si hubiera renunciado a la idolatría, y solo quisiera adorar al verdadero Dios de Israel de ahora en adelante. Pero también prevé un problema: Tendrá que acompañar al rey de Siria cuando él adore, por lo que pide que se le perdone de antemano. Eliseo le dice que se vaya en paz.

Giezi, el siervo de Eliseo, ha sido testigo de todo y, piensa que Eliseo debería haber aceptado al menos unos regalos. Así que, sigue a Naamán, y cuando lo alcanza, inventa una historia sobre cómo, si recibiría un regalo, después de todo, para dárselos a unos hijos de otros profetas. Los regalos pesan tanto, que algunos de los siervos de Naamán

ayudan a Giezi a llevarlos de regreso a la casa, pero no por todo el camino. Giezi lleva los regalos el resto del camino para poder esconderlo, y que Eliseo no lo vea. Eliseo le pregunta a Giezi: «¿De dónde vienes?». «De ninguna parte», le responde. Pero Eliseo le dice que no sólo sabe adónde fue, sino que también sabe de los regalos. Como resultado de su pecado, ahora él tendrá la lepra de Naamán, la cual permanecerá con él por el resto de su vida y será pasada a su descendencia. El castigo de Giezi es inmediato y permanente.

Hemos visto mucho en esta lección. Hemos visto la paga del pecado en muchas diferentes personas. El pecado será castigado, ya sea en el individuo o en la obra perfecta de Cristo. También hemos visto la continua e inmerecida misericordia de Dios, tanto para con los individuos como para la nación de Israel. Dios permanece fiel, ya que provee profetas como Elías y Eliseo para ministrar al pueblo. Busquemos a este Dios misericordioso, mientras todavía pueda ser hallado.